

NOTAS DE FOLKLORE MARROQUÍ

APORTACIÓN BIBLIOGRÁFICA. — CINCO CUENTOS POPULARES

EL tesoro de los cuentos populares marroquíes todavía espera la mano que reúna todos los que se hallan dispersos en numerosas obras, donde aparecieron bien con finalidad folklórica, bien como textos para estudios dialectológicos.

No existe, pues, un «corpus» de cuentos marroquíes que recoja los que se han publicado esparcidos por libros y revistas, ni tampoco los que podrían recogerse directamente de los labios del pueblo mediante unas campañas sistemáticas de recolección.

Ya en 1942 hicimos notar, en el ambiente que nos era accesible, el interés de realizar tal labor, que sobrepasa los medios de acción individuales y privados: nos remitimos a las consideraciones expuestas entonces.¹

El primer paso para la recolección y ordenación de ese «corpus» de cuentos marroquíes que se echa de menos sería el reunir una bibliografía, lo más completa posible, de las publicaciones que contienen versiones de tales relatos, así como de los estudios sobre temas novelísticos populares marroquíes.

Sin el menor propósito exhaustivo aportamos a continuación algunas fichas que pueden contribuir a esa posible bibliografía de cuentos de Marruecos. Tales fichas van clasificadas en tres grupos: a) *Colecciones* (obras que recogen exclusivamente cuentos, entre los que hay versiones marroquíes); b) *Textos diversos conteniendo*

1. Guillermo Guastavino Gallent, «Interés y problemas de la novelística marroquí». (En la revista «Mauritania». Tánger, 1942).

cuentos (obras de carácter etnológico y dialectológico donde para esos fines se aprovechan textos de cuentos); y c) *Estudios* (obras en que, colectiva o individualmente, son estudiados cuentos marroquíes en su aspecto temático). Dentro de cada grupo se recogerán separadamente las obras relativas a los campos árabe, bereber e israelita.

a) COLECCIONES DE CUENTOS. 1. *Obras generales*: Basset, René, *Contes populaires d'Afrique* (Paris, 1883). — Brunot, Louis, *Les joyeuses histoires du Maroc* (Rabat, 1931). — Derville, G. et Tahar Essañ, *Les toits d'émeraude, histoires du vrai Maroc* (Paris, 1924). — Duquaire, Henri, *Anthologie de la littérature marocaine arabe et berbère* (Paris, 1943). — Legey, Doctoresse, *Contes et légendes populaires du Maroc* (Paris, 1928). — Moulieras, A., *Les Fourberies de Si Djeha* (Paris, 1892); aunque sus cuentos recogidos en Argelia, los relatos de Yeha tienen amplia difusión por Marruecos. — Quinel, Ch. et A. de Montgon, *Contes et Légendes du Maroc* (Paris, 1946).

2. *Arabes*: Basset, René, *Mille et un contes, récits et légendes arabes* (Paris, 1924-1927) 3 vols. — Chimenti, E., *Tradiciones y leyendas marroquíes. Aixa Candixa* (En «Mauritania», Tánger, 1955). Dermenghem, *Contes fasis* (Paris, 1926). — Dermenghem et Mohammed el Fasi, *Nouveaux contes fasis* (Paris, 1928). — Findberg, *Les contes de Goha* (Paris, 1929). — García Figueras, Tomás, *Cuentos de Yehá* (Jerez de la Frontera, 1934). Segunda edición aumentada: (Tetuán, 1950). — González Palencia, Angel, *Folklore marroquí. Cuentos recogidos oralmente en Rabat y traducidos del árabe vulgar* (En «Revista Hispano-Africana», marzo-noviembre de 1922). — González Palencia, Angel, *Cuentos populares marroquíes* (En «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», t. III, núms. 3 y 4. — Ibn Azzuz Haquim, Mohammed, *Cuentos populares marroquíes. I. Cuentos de animales* (Madrid, 1955). — Ibn Azzuz Haquim, Mohammed, *Cuentos populares marroquíes. El lobo, el erizo y el león* (En «Mauritania», Tánger, 1955). — Khati Chghlou (pseud.), *Histoires arabes* (Paris, 1927). — Maitrot de la Motte Capron, Sidna Moulay Ismaïl, *Prince Magnifique du Maghreb. Contes maghrebins* (Paris, 1929).

3. *Bereberes*.—Basset, René, *Contes populaires berbères* (Paris, 1887).—Basset, René, *Nouveaux contes berbères* (Paris, 1897).—Bas-

set, René, *Loqman berbère* (Paris, 1890).—Domenech Lafuente, Angel, *Cuentos de Ifni* (Tetuán, 1953). — Laoust, Emile, *Contes berbères du Maroc* (Paris, 1949), 2 vols. — Stumme, *Elf Stücke in Silha Dialekt von Tazerwalt* (Leipzig, 1894). — Stumme, *Märchen der Schluh von Tazerwalt* (Leipzig, 1895).

4. *Israelitas*. — Larrea Palacín, Arcadio de, *Cuentos populares de los judíos del Norte de Marruecos* (Tetuán, 1952/1953), 2 vols.

b) TEXTOS DIVERSOS CON CUENTOS. 1. *Arabes*: Alarcón Santón, Maximiliano, *Textos árabes en dialecto vulgar de Larache* (Madrid, 1913). — Aldecoa, M. de, *Cours d'arabe marocain* (2ème année) Paris, 1941. — Aldecoa, M. de, *Cours d'arabe marocain* (3ème année) Paris, 1942. — Bekkhoucha, Mohammed, *Savoir-vivre. Vie social et religieuse des Marocains. Folklore* (Casablanca, 1944), 2.ª edición. — Blank, L.-R., *Deux contes marocains en dialecte de Tanger* (En *Archives Marocains*, t. XII). — Brunot, L. et Mohammed Ben Daoud, *L'arabe dialectal marocain* (Rabat, 1927). — Brunot, L., *Textes en arabe du dialecte de Rabat* (Fès, 1918). — Brunot, L., *Textes arabes de Rabat* (Paris, 1931). — Colin, Georges S., *Chrestomatie marocaine* (Paris, 1939). Segunda edición (Paris, 1951). — Colin, Georges S., *Recueil de textes en arabe marocain, I. Contes et anecdotes* (Paris, 1942). — Destaing, Édouard, *Textes arabes en parler des Chleuhs du Sous (Maroc)* (Paris, 1937). — Lévi-Provençal, F., *Textes arabes de l'Ouargha. Dialecte des Jbala (Maroc Septentrional)* (Paris, 1922).—Marçais, William, *Textes arabes de Tanger. Transcription, traduction annotée, glossaire* (Paris, 1911). — Sans, B., *Apprenons l'arabe* (s. 1.) (s. a.). — Tediini, B., *Mon premier livre d'arabe* (Rabat, 1929).

2. *Bereberes*: Abes, *Première année de Berbère (Dialecte du Maroc Central)* Rabat, 1916. — Basset, René, *Recueil de textes et documents relatifs à la philologie berbère* (Argel, 1887). — Biarney, S., *Étude sur les dialectes berbères du Rif. Lexique, textes et notes phonétiques* (Paris, 1917). — Boulifa, *Textes berbères en dialecte de l'Atlas Marocain* (Paris, 1908). — Destaing, Édouard, *Étude sur le dialecte berbère des Aïr Seghrouchen (Moyen Atlas Marocain)* (Paris, 1920). — Justinard, *Manuel de berbère marocain. Dialecte chleu* (Paris, 1914). — Justinard, *Manuel de berbère marocain. Dialecte rifain* (Paris, 1926). — Justinard, *Textes chleuh de l'Oued Nfis* (En «Memorial Henri Basset», Paris, 1926). — Laoust, Emile,

Cours de Berbère marocain. Grammaire, Vocabulaire, Textes. Dialectes du Sous, du Haut et de l'Anti Atlas (Paris, 1921). — Laoust, Émile, *Étude sur le dialecte berbère des Ntifa. Grammaire. Textes* (Paris, 1918), 2 vols. — Laoust, Émile, *Siwa. Son parler* (Paris, 1931). — Loubignac, V., *Étude sur le dialecte berbère des Zaïan et Ait Sgougou*. (Paris, 1924/1925), 2 vols. — Pellat, Charles, *Textes berbères dans le parler des Ait Seghrouchen de la Moulouya* (Paris, 1955). — Renisio, A., *Étude sur les dialectes berbères des Beni Iznassen, du Rif et des Senhaja de Srair* (Paris, 1932).

3. *Israelitas*: Brunot, L. et E. Malka, *Textes judéo-arabes de Fès*. (Rabat, 1939).

c) ESTUDIOS. González Palencia, Angel, *Con la ilusión basta* (En «Boletín de la Real Academia Española», Madrid, 1932). — González Palencia, Angel, *Un cuento popular marroquí y «El celoso extremeño» de Cervantes*, en «Homenaje a Menéndez Pidal, t. I. (Madrid, 1924). — Guastavino Gallent, Guillermo, *Interés y problemas de la novelística marroquí* (En «Mauritania», Tánger, 1942). — Guastavino Gallent, Guillermo, *La leyenda de la Cabeza (Notas para su estudio)* (En «Revista de Filología Española», Madrid, 1942). — Gustavino Gallent, Guillermo, *A propósito de unos cuentos baamranis*. En el libro «De ambos lados del Estrecho» (Tetuán, 1955), pp. 295-298.

Como se ve esta aportación bibliográfica dista mucho de ser exhaustiva, pero puede servir de base para los trabajos previos de recolección de cuentos marroquíes.

Si alguna vez, como trabajo de cátedra o de un grupo de universitarios, se emprendiese la tarea de reunir y estudiar la considerable masa de cuentos populares marroquíes, habría que completar esos datos bibliográficos y añadir, al material obtenido de los libros, el que se lograra en campañas sistemáticas de recolección de cuentos populares en tierras de Marruecos. Sólo así podría llegarse a la formación del apetecido «corpus» que incorporase la temática folklórica marroquí a los interesantes estudios de literatura comparada.

Hace algunos años tuvimos que desarrollar unas clases en un cursillo para Monitores marroquíes de enseñanza primaria, e instamos a algunos alumnos para que recogieran cuentos vivos todavía en la tradición oral. Ahora, entre nuestros papeles, encontramos,

redactados en un español propio de estudiantes marroquíes, cinco cuentos, de los cuales, los tres primeros me fueron facilitados por el alumno Sr. Zecri y los otros dos por el Sr. Alí Nader. Aquí damos los cuentos referidos puestos en castellano normal, ya que no se persigue ahora finalidad alguna filológica. De todos modos, nuestra intervención no ha modificado el original, en el que sólo se han limado las principales incorrecciones gramaticales.

I. *El padre de familia numerosa y la viuda del mercader*

Cuentan que un hombre tenía siete hijos y su mujer dió a luz otros dos; y decía entre sí: siete hijos y dos que me ha dado ahora mi mujer son nueve hijos, más mi mujer, diez, y conmigo once de familia: una docena menos un pie. Además era tan pobre que en aquel momento no poseía más que la insignificante cantidad de dos reales, con los que no podía atender los gastos que había de ocasionarle la fiesta de imposición de nombre de sus nuevos descendientes.

Para ello tenía que procurarse dos corderos para sacrificarlos y a esto había que añadir los gastos restantes de la fiesta. Ante tal dificultad el buen hombre sintió desesperación, y dijo:

—Voy a salir a la calle y la primera cosa que vea que valga dos reales la voy a comprar.

Salió, pues, preocupadísimo y lo primero con que tropezó fue con un hombre que iba pregonando cuerdas.

Le preguntó el precio de una cuerda y al oír que valía dos reales, le dió el dinero y se llevó la cuerda.

El hombre salió al campo pensando en para qué le iba a servir la cuerda que había comprado, si lo que necesitaba era un par de corderos para la fiesta de imposición de nombre a sus hijos; y absorto en estos pensamientos se encontró de pronto debajo de un alcornoque.

—¿A qué he venido aquí? —se preguntó—. Acaso sea mejor no volver a casa, pues es humillante la situación en que me veo. Es preferible la muerte.

Trepó al árbol, ató un cabo de la cuerda a una rama y con el otro extremo rodeó su cuello, tirándose después al vacío. Pero

en vez de ahorcarse, como era su intención, se rompió la cuerda, yendo a caer de cabeza contra el pie del árbol.

Quedó allí un poco atontado por el porrazo y al mirar lentamente a su alrededor divisó una cosa muy negra al pié del alcornoque.

Movido por la curiosidad comenzó a escarbar en aquel sitio y acabó por descubrir una vasija que estaba llena de monedas de oro.

El hombre, asombrado, exclamó:

—¡Allah es grande! Nunca faltará su apoyo al pobre.

Y escribió en un papel: «Quien desprecia la vida recibirá alivio de Allah». Y pegó el papel al tronco del árbol.

Cargó al hombro su vasija y se dirigió hacia la ciudad, pero en medio del camino se encontró con un gigante negro de grandes ojos negros y narices hinchadísimas, que le dijo:

—Oye, tú, ¿qué llevas en ese cacharro?

—Sal para mi casa.

—Dame un puñado.

—Señor, es agua lo que llevo en la vasija.

—Bien, tengo sed; dame de beber.

—¡Oh, señor! no se puede beber; es agua medicinal.

Entonces el negro le quitó la vasija y se marchó tranquilamente, sin volver la cabeza atrás.

Nuestro hombre pensó en la suerte de su familia de doce menos un pie y se dijo:

—Yo he venido aquí para suicidarme y la muerte ha huído de mí. ¿Cómo voy a tener miedo de ese maldito negro?

Cogió una piedra, siguió al negro y cuando lo alcanzó se la arrojó a la cabeza con todas sus fuerzas. Cayó muerto el negro con el cráneo destrozado. El hombre sacó un papel y, escribiendo en él la frase «Llévalo todo o dejadlo todo», lo pegó al pecho del cadáver y abandonó el lugar.

Por segunda vez cogió la vasija, se la puso al hombro y se dirigió a la ciudad. Pero cuando estaba en las afueras de aquella se dijo:

—Si entro ahora con la vasija en la ciudad es fácil que me descubran y me lleven al caid; éste me quitará el tesoro y me meterá en la cárcel como a un ladrón.

En vista de ello se metió en un cementerio, esperó a que se hiciese de noche y junto a una sepultura cavó un hoyo; y sacan-

do primero un puñado de monedas para los gastos de su fiesta familiar, enterró la vasija y tapó con tierra el agujero.

Volvió a su casa satisfecho, fue recibido con alegría por su familia, les compró todo lo que quisieron y pasaron la noche alegre y agradablemente.

A la mañana siguiente antes de amanecer salió de su casa y se dirigió a la puerta de la ciudad, esperando que la abrieran a fin de ir al cementerio y recoger su tesoro.

Mientras esperaba observó en un rincón de la puerta y apoyándose en un palo a una anciana envuelta en una haique muy andrajoso, flaca de cuerpo, bajita, tuerta y de cara muy arrugada.

El hombre le dijo:

—¡En el nombre de Allah clemente y misericordioso! ¿que hará aquí esta bruja?

Y acercándose a ella le preguntó:

—Anciana, me extraña mucho que hayas madrugado hoy tanto y que a esta hora te vayas sola al campo.

—Mi hijo, que en paz descansa, me dijo esta noche en sueños que le visite en su tumba muy temprano, pues tiene que comunicarme un secreto.

—Y ¿qué era tu hijo?

—Mejasni, señor.

Al abrirse la puerta de la ciudad salió de prisa la vieja y el hombre la fue siguiendo hasta el cementerio, dándose cuenta de que aquélla se dirigía a la tumba donde estaba enterrado el tesoro. Se acercó a la mujer y le dijo:

—¿Dónde está enterrado tu pobre hijo?

—A tí no te importa, impertinente. ¿No sabes que la justicia te puede castigar si te ven hablar con una mujer que no es de tu familia?

—Bien, perdóname, anciana.

Y se retiró, pero escondiéndose detrás de unos matorrales, para vigilar a la vieja.

Esta se llegó a la tumba, miró a todos lados por si alguien la observaba y comenzó a escarbar.

Salió el hombre de su escondrijo, se abalanzó sobre ella y la estranguló soltándola muerta, sobre la tumba. Sacó un papel y, escribiendo en él «No ampare Allah con su misericordia ni al mejasni ni a su madre», lo sujetó en el cuerpo de la vieja. Después sacó la vasija de su encierro y se la llevó a su casa.

Reinó desde aquel momento en su casa la abundancia y la alegría; preparó la fiesta familiar, invitó a todos sus vecinos y durante ocho días duró el jolgorio.

Y decía su mujer:

—Ahora sí que la Providencia nos ha asegurado el sustento de la familia, gracias a Allah.

Cierto día salió el sultán de caza al campo, con su séquito, y dió la casualidad de que fuese a pararse junto a un alcornoque del que colgaba una cuerda y en cuyo tronco estaba fijado un rótulo que decía «Quien desprecia la vida recibirá alivio de Allah». El sultán despegó el papel del tronco y lo guardó en un bolsillo.

El Visir estaba con la jauría en un lugar más distante del árbol y descubrió el cadáver del negro, con un letrero que decía «Llevallo todo o dejadlo todo».

Extrañado de la significación de la frase, cogió el papel y lo llevó al Sultán, contándole su hallazgo. Cogió el Sultán el papel que le dió su Visir y lo guardó con el otro.

Preocupado por la significación de las frases dió orden de retornar a la ciudad, pero cuando llegaron al cementerio vieron mucha gente reunida junto a un muro discutiendo la significación de un papel y discutiendo acerca de quién pudo matar a la anciana.

El Sultán ordenó a su Visir que se enterase de la causa de estar reunida la gente. Así lo hizo el Visir, al que le dijo uno de los reunidos:

—Señor y amo mío, sobre una tumba se ha encontrado el cadáver de una vieja con un letrero que dice «No ampare Allah con su misericordia ni al mejasni ni a su madre».

Cogió el papel el Visir y lo llevó al Sultán, quien lo guardó con los otros, después de haber oído la historia.

Una vez en su palacio el Sultán convocó una reunión de sus ministros y de los más sabios de sus súbditos; y cuando estuvieron reunidos sacó los tres papeles para que los descifrasen.

Ninguno de los sabios ni de los ministros supieron interpretar aquellas frases. Entonces el Sultán ordenó que salieran los pregoneros por todo el reino anunciando que si había alguien capaz de descifrar los tres sueños del Sultán sería colmado de riquezas.

La mujer de nuestro hombre oyó el pregón y le dijo a su marido:

—Mira, tonto, vete al Sultán y explícale sus sueños y te dará más dinero que hay en la vasija, antes de que nos descubra y nos haga cortar el cuello.

—Me va a quitar la vasija y me mandará a la cárcel acusándome de ladrón.

Pero su mujer lo convenció y, siguiendo sus indicaciones, fue al palacio, pidió audiencia y el caid del palacio se la facilitó.

Cuando estuvo frente al Sultán comenzó a descifrarle los sueños. Le dijo que se trataba de un hombre desesperado de la vida que quiso suicidarse y se subió a un árbol para ahorcarse; pero se rompió la cuerda y dió con la cabeza en el suelo. Entonces escribió en un papel: «Quien desprecia la vida recibirá alivio de Allah». Cuando iba de regreso a su casa, un negro lo secuestró y quiso quitarle lo que llevaba encima, pero cogió una piedra y le pegó en la cabeza al negro dejándolo muerto, y escribió en un papel «Llevadlo todo o dejadlo todo». Cuando llegó al cementerio vió a una vieja visitando la tumba de su hijo, que había sido mejasni, junto a la cual el hombre tenía una cosa enterrada; estranguló a la anciana y escribió un papel diciendo «No ampare Allah con su misericordia ni al mejasni ni a su madre».

El Sultán le dijo entonces:

—Me tienes que decir la verdad o mando que te corten la cabeza como a un criminal.

—Si Su Majestad el Sultán me indulta, iré a mi casa y le traeré la vasija con monedas de oro que encontré enterrada al pie del alcornoque.

Mandó el Sultán que dos mejasnis acompañasen al hombre a su casa y que le trajesen la vasija, diciéndole después:

—Márchate. Tu parte ya te la has llevado, y ésta es la parte de la gente.

El pobre hombre salió temblando por miedo a que lo decapitasen o lo encerrasen de por vida en la cárcel por ladrón o criminal. Ya en la calle se paró a la puerta de una casa llorando y lamentándose de la injusticia que se había cometido con él.

Cuando se hallaba más contristado se asomó una mujer a un balcón y le dijo:

—¡Oh, señor! No me des más pena, pues basta la que yo tengo, porque no eres el hombre de la vasija del oro para que te entristezcas tanto.

(La noticia del hallazgo del tesoro se había extendido por la ciudad).

—Yo soy, señora, el hombre de la vasija de las monedas de oro, precisamente.

—Entonces espérame, que quiero hacerte una pregunta.

Y continuó luego:

—Mi esposo murió hace poco tiempo, ¿quieres casarte conmigo?

—Te ruego, señora, que no te rías de mí. ¿Cómo me voy a casar contigo, si tú has sido la esposa del hombre más rico de esta ciudad?

—No importa, acepta y yo lo arreglaré todo.

Entonces el hombre accedió a los deseos de aquella generosa mujer, la cual le dijo:

—Vete a la alcaicería, pregunta por la tienda del hermano de mi difunto marido y pídele mi mano.

El hombre, obedeciendo al capricho de la viuda, fué en busca del hermano del difunto y, cuando dió con él, lo saludó y le pidió la mano de la viuda de su difunto hermano para casarse con ella.

Despectivamente le respondió el hermano:

—Vete de aquí, desgraciado, y no insistas más en ello, pues me ha hecho igual petición un magnate de esta ciudad, que me ofreció un kis² y no le hice caso.

El pobre hombre regresó a la casa de la viuda para transmitirle la respuesta despectiva que le había dado el hermano de su anterior marido, y refiriéndole que le habían ofrecido un kis y no había aceptado.

—No te aflijas por su negativa, ten valor. Voy a darte un kis para que se lo regales; pídele de nuevo mi mano y antes de que te diga que no, ofrécele el kis, como regalo.

Volvió el hombre a la alcaicería a buscar al cuñado de la viuda, lo encontró sentado en su comercio, y antes de romper a hablar —por miedo de que lo mandase con cajas destempladas— le enseñó el kis diciéndole:

—Te lo regalo, si me concedes la mano de la viuda de tu hermano.

A la vista del obsequio respondió el otro:

—Déjame consultarlo y mañana te contestaré.

2. Un kis es un vestido.

A continuación cerró su comercio y se marchó a casa de su cuñada, a la que dijo:

—Vengo a darte una sorpresa.

—Muy agradecida, querido hermano, por el interés que tienes por mí, pero dime, ¿a qué has venido?

—Un hombre de aspecto humilde, pero noble de modales, me dió un kis para que te preguntase si querías casarte con él.

—No tenías por qué consultarme ya sabes demasiado que tengo mucha confianza en ti y sé que no eres capaz de proponerme un esposo que no merezca tu confianza y agrado. Yo estoy de acuerdo desde ahora.

Al día siguiente marchó nuestro hombre en busca de la contestación y fué recibido con abrazos.

—Tienes suerte y desde hoy puedes casarte con la mujer que me has solicitado para esposa.

—Te agradezco el gran favor que me haces.

Fueron juntos al cadí para que hiciese el contrato matrimonial y cuando tuvo el documento marchó alegre a casa de su nueva esposa.

Se celebraron ocho días de fiestas con toda pompa e invitando a todos los notables de la ciudad, distinguiéndose nuestro hombre como un gran señor.

Las gentes comentaban entre sí el gran capital que debía poseer el nuevo desposado.

Después de la boda se adueñó la melancolía de nuestro hombre, preocupado por su primitiva familia.

Su nueva esposa le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste, querido marido?

—Estoy pensando en mis numerosos hijos.

—¡Oh! No debes preocuparte por esa insignificancia. Toma, aquí tienes tres kis; lleva uno al visir, otro al caid y otro al cadí y seguramente te darán mil duros por cada uno. Y con ese dinero puedes mantener a tus queridos hijos.

Cuando salió con las vestiduras a la calle empezó a pensar sobre a quién debería acudir primero y por fin reflexionó y dijo:

—Debo empezar por el cadí, después iré al visir y por último al caid.

Fue a la oficina del cadí, pidió audiencia, se la concedió el cadí quien le dijo:

—¿A qué has venido, buen hombre?

—He venido a saludarte y ofrecerte este kis.

—Muy agradecido, señor mío. ¡Qué precioso!, ¡qué trabajo tan artístico!, ¡qué finura! Allah dará salud a las manos que trabajaron esta maravillosa obra.

Y salió el hombre murmurando entre sí:

—Pues sí, bonito precio me ha pagado el cadí de los fieles. Vamos a ver qué cantidad me dará el visir por este otro kis.

Se dirigió al palacio, pidió audiencia, pasó ante el visir al que saludó con la cortesía debida a su rango y le ofreció el kis; pero recibió el mismo pago que le había dado el cadí.

Preocupado por su doble revés, se dirigió a ofrecer el último kis al caid; pero éste le correspondió al obsequio con las mismas palabras que los anteriores.

Regresó a casa de su nueva esposa, la llamó y fingiendo que debajo de la chilaba llevaba dinero se puso a decir:

—¡Qué precioso!, ¡qué trabajo tan artístico!, ¡qué finura! Allah dará salud a las manos que trabajaron esta maravillosa obra...

—Esto es fácil de arreglar, dijo su mujer; vete mañana al puerto, compra mercancías y paga con la misma moneda.

En efecto, al día siguiente por la mañana se vistió elegantemente y llevó con él dos esclavos con un sillón de terciopelo. Llegó al puerto, mandó a los esclavos que se pusieran uno a su derecha y otro a su izquierda, y se sentó en el sillón mirando las mercancías que entraban.

Compró un barco de porcelanas y ordenó que trasladasen la mercancía a los almacenes; adquirió otro barco de tejidos, otro cargamento de objetos de metal y otro de cereales. Llenó todos los almacenes que habían pertenecido al difunto esposo de su actual mujer.

Al día siguiente fueron a cobrar los camalos; llamó a su capataz y empezó a decirle:

—Así me gustan los hombres. ¡Qué bien!, ¡qué sana y completa ha llegado la mercancía a los almacenes! Allah dará salud a las manos que realizaron tan magnífico trabajo...

Protestaron los camalos y fueron a denunciar a nuestro hombre.

Después hizo lo mismo con los marineros y con los dueños de las mercancías, quienes también lo denunciaron.

El caid llamó al hombre y le preguntó por qué no había pagado el sudor de aquellos hombres y el importe de las mercancías.

—¡ Oh, señor y dueño mío!, esta gente rechaza la moneda legal del Majzen. Yo les he pagado con la misma moneda que he recibido por los kises que he entregado al cadí, al visir y a ti.

Cambiaron impresiones estos tres y abonaron al hombre el importe de los gastos y de las mercancías.

Y de este modo, el hombre que tenía una familia de una docena menos un pie, vive tranquilo y feliz.

II. *El hombre que murió y dejó tres hijos*

Cuentan que había un hombre que tenía tres hijos. El mayor era carpintero, el mediano comerciante y el menor era tiñoso y vago, sin oficio ni beneficio para ganarse la vida.

Antes de morir su padre les dijo:

—Cuando muera, os pido que no abrais la tercera habitación de la casa; conformáos con estas dos habitaciones y repartir su contenido equitativamente entre los tres. Y el que de vosotros contraveniga mis deseos será maldito de Allah y de mí.

Efectivamente, cuando murió el pobre hombre, sus hijos cumplieron fielmente la voluntad del difunto: abrieron las dos habitaciones y repartieron su contenido entre los tres; y la otra habitación la dejaron cerrada, de acuerdo con la voluntad paterna.

El hijo vago malgastó su herencia en juegos y diversiones, alternando con los sujetos más viciosos de la ciudad; y cuando se dió cuenta de que ya no le quedaba ni un céntimo de la herencia de su padre, acudió a sus hermanos exigiendo que se abriese la tercera habitación.

Le replicaron que no podían contravenir los deseos paternos ni querían ser malditos de Allah y de su padre.

—Pero, —añadieron— si te empeñas, nada podemos oponer por ser un derecho el que reclamas.

—Así es —dijo el tiñoso—; no voy a ser tan tonto que deje la habitación cerrada, sin saber lo que tiene dentro. A lo mejor nuestro padre lo hizo adrede para luego darnos una sorpresa.

En efecto acordaron abrir la habitación, como lo hicieron al fin encontrando en ella tres objetos insignificantes: una pipa de kif, un gorro viejo de lana y una badana.

El vago cogió la pipa de kif, el comerciante se llevó el gorro

y el carpintero se quedó con la piel para sentarse en ella en su taller.

El tiñoso se marchó malhumorado por la menguada herencia que había encontrado en la habitación vedada por su padre; y se dijo:

—Voy a fumar una pipa de kif para olvidar el disgusto.

Sacó de su bolso un estuche repleto de la droga, llenó la pipa, la encendió y fumó tranquilamente. Cuando trató de tirar la ceniza vió que caía una bola de oro.

Repitió la operación varias veces y quedó convencido de que era una mina de oro en vez de pipa lo que llevaba en la mano.

Se sentó en un café popular de la ciudad y se puso a fumar en su pipa sin mirar a nadie.

La gente observó que en vez de ceniza echaba bolas de oro y al fin corrió la voz por la ciudad de que un tiñoso era poseedor de una pipa que echaba bolas de oro en lugar de ceniza.

Llegó la noticia al palacio del Sultán, que tenía una hija caprichosa, la cual, al enterarse de la noticia, mandó a un esclavo en busca del tiñoso para invitarlo a tomar el té con ella en palacio.

Al recibir la invitación se puso muy satisfecho y se dejó conducir por el esclavo a presencia de la princesa.

Cuando llegó, saludó con la reverencia correspondiente al rango de la joven y ésta lo acogió como si se tratase de un magnate del reino. Lo invitó después a sentarse, a tomar el té y le llenó una pipa de kif.

El tiñoso, para no quedar mal delante de la princesa, sacó su pipa, la llenó y se la ofreció. Al echar la ceniza ella vio cómo rodaba una bola de oro.

—Esta es la verdadera pipa de que me han hablado.

Y ordenó que le dieran al tiñoso una paliza y lo echaran a la calle.

Cumplieron la orden los esclavos y el pobre tiñoso perdió la segunda herencia que le dejó su padre.

Después acudió a su hermano el comerciante, rogándole que le cediese el gorro para cubrirse la calva, pues le molestaba la humedad por la noche.

Al comerciante le dió lástima de su hermano y, —como no le servía para nada el gorrito blanco de lana y lo tenía tirado dentro de la tienda donde guardaba una monedas de cobre— se le regaló diciéndole:

—Mira, hermano, ya eres un hombre; déjate de vicios y procura buscarte la vida como hacen los hombres honrados.

Le dió las gracias por el gorrito y le aseguró que de allí en adelante se dedicaría a aprender un oficio para vivir tranquilamente.

Cuando se despidió de su hermano, el tiñoso se puso el gorro y se fue en busca de pan porque sentía hambre, pues ya se sabe que el kif da un apetito terrible.

Llegó a una panadería y pidió un pan a la mujer que lo vendía. Y ésta exclamó:

—¿Quién es éste que me pide pan, si no veo a nadie?

Entonces se dió cuenta el tiñoso de que el gorrito era mágico, como la pipa de kif. Y le quitó un pan a la mujer, y se lo comió tranquilamente por la calle.

Después pensó en vengarse de la princesa. Se dirigió a palacio, entró tranquilamente sin que nadie le llamase la atención, penetró en la alcoba de la princesa, se sentó a su lado y le hizo cosquillas.

Ella saltó con risa nerviosa, diciendo:

—¿Quién me gasta esta broma tan pesada?

El tiñoso se quitó el gorrito y le respondió:

—Soy yo, el de la pipa, que he venido a que me la devuelvas; y a darte una lección de educación para que no vuelvas a maltratar a los invitados.

Ella se postró a sus pies, pidiéndole perdón y excusándose de su pasada acción diciéndole que había fumado mucho kif y no sabía lo que hacía. Y que si había ordenado invitarlo, era porque lo vio pasar un día y se había enamorado de él.

El pobre tiñoso creyó que la princesa le confesaba su secreto y la perdonó.

Entonces la princesa mandó traer té, sacó la pipa mágica, la llenó y se la entregó encendida al tiñoso.

—Para que veas, ya te he devuelto tu pipa, porque a mi padre nunca le faltará oro para regalármelo.

Y le preguntó si tenía inconveniente en dejarla probarse el gorrito.

El tiñoso creyó en cuanto acababa de oír y le entregó el gorro.

Desapareció la princesa y poco después vió entrar a cuatro gigantes negros que le quitaron la pipa, le dieron una paliza mayor que la anterior y lo echaron a la calle.

Cuando el tiñoso volvió en sí, se encontró quebrantado de tan-

tos palos como le habían dado los malditos negros y se marchó preocupado por su mala suerte.

Se dirigió al taller de su hermano mayor para que le regalara la badana, a fin de utilizarla para dormir en ella y descansar de su fatiga.

En efecto hizo la petición a su hermano y éste tuvo lástima del tiñoso pues, en vez de pedirle comida, le pedía solamente aquel pellejo insignificante que tenía tirado en el interior del taller. Le dió, pues, la badana, diciéndole:

—Hermano, déjate de esa mala vida y vente al taller donde aprenderás un oficio que te será útil en lo porvenir.

—Así sea, hermano. Cuando me restablezca de esta fatiga, vendré al taller para trabajar contigo.

Se despidió de su hermano, marchó a su casa y se durmió tranquilamente hasta el siguiente día. Se levantó descansado, hizo sus abluciones y rezó encima de la badana. Pero de repente se le presentó un genio gigantesco que le dijo:

—Señor y amo mío, dime tus deseos: si quieres el tesoro de Oriente o el de Occidente, te lo puedo traer en un abrir y cerrar de ojos.

El tiñoso se dió cuenta de que también la badana era mágica y le pidió al genio un desayuno confortable.

Comió tranquilo, se fumó una pipa de kif y recordó la traición de la princesa. Después extendió el pellejo y rezó sobre él. Inmediatamente se presentó otra vez el genio diciendo:

—Si quiere mi señor el tesoro de Oriente o el de Occidente, se lo traigo en un abrir y cerrar de ojos.

—Sólo quiero que me llesves a la alcoba de la princesa.

Obedeció el genio y sin darse cuenta el tiñoso se encontró ante la joven quien al verlo le dijo:

—¿Cómo te marchaste dejándome aquí? Yo sólo dí un paseo por palacio, a fin de comprobar si era verdad la virtud de tu gorro, y efectivamente nadie se dió cuenta de mi presencia; pero cuando volví a buscarte me dijeron que te habías marchado sin saberse la causa. Y ahora aquí me tienes a tu disposición. Si piensas que te he quitado la pipa y el gorro, ahí los tienes. A mí lo que me interesa es tu persona, pues desde el primer momento me has enamorado.

El tiñoso se dejó convencer por segunda vez por las hipócritas palabras de la princesa y aceptó el tomar el té con ella.

—¿Cómo has podido entrar en palacio sin la mediación de un esclavo?

—Porque poseo esta piel que tiene un poder mágico superior al de la pipa y al del gorrito. No hago más que extenderla en el suelo y rezar encima de ella, cuando se me presenta un genio deseando cumplir cuanto le mande.

La princesa comenzó a acariciarlo y a decirle que quería ver al genio.

—¿Me dejarás rezar encima de la badana?

—Si no me engañas como las veces anteriores, tómalala.

—No, te lo juro.

El tiñoso le dió la piel, ella rezó y se presentó el genio repitiendo la frase habitual.

—Sólo quiero que destierres a éste al tercer desierto del mundo.

El tiñoso, sin darse cuenta, se encontró en un campo donde no había ningún ser humano. De repente un genio se le apareció diciéndole:

—Bien venido, buen señor. Yo fui un gran amigo de tu difunto padre y quiero serlo también de su hijo.

—Gracias, señor. Por mi parte yo no conozco aquí a nadie.

El tiñoso vio unas higueras en el campo, las cuales tenían fruto antes de tiempo. Subió a uno de aquellos árboles y comenzó a comer higos, pero por cada higo que comía le salía un cuerno.

Cambió de higuera y observó en ella que por cada higo que comía le desaparecía un cuerno de los que le habían salido antes. Entonces llenó su bolsa con higos de las dos clases y llamó al genio.

—Mira, señor y amigo de mi padre, quiero que me lleses al manantial donde nace el agua de las fuentes del palacio real.

En efecto, sin notarlo se encontró en el manantial y echó a la corriente varios higos a fin de que apareciesen en las fuentes del palacio.

Los empleados del palacio encontraron los higos, los llevaron al Sultán y éste mandó llamar a su hija para darle aquellos higos fuera de sazón.

Comieron los higos y les salieron cuernos en la cabeza. El Sultán convocó al gobierno ordenándole que se hiciesen pregones en busca de algún médico capaz de curarlo a él y a su hija.

Inmediatamente se hicieron los pregones por el reino, dando cuenta de la enfermedad del monarca y de su hija.

Se presentó el tiñoso en palacio disfrazado de médico; lo anunciaron y pasó a la presencia del Sultán, al que preguntó la enfermedad que padecía.

El soberano le enseñó el cuerno y el falso médico dijo:

—Eso se quita en el acto y sin sufrir dolor.

Sacó un pastel en el que había mezclados los higos convenientes y se lo hizo comer, con lo que cayó inmediatamente el cuerno del soberano.

A continuación le pidió el Sultán que curase a su hija.

—A las mujeres es más difícil curarles esta enfermedad, pues son necesarios más requisitos.

El soberano le dijo que no tenía más que pedir, pues todo se le daría.

—Pues bien, ordena que preparen un baño y que introduzcan en él a la princesa atada de pies y manos. En cuanto yo esté dentro con ella, si se oyese algún grito, no quiero que me moleste nadie.

El Sultán ordenó que se hiciese como pedía el médico.

Entró el tiñoso en el baño, se quitó el disfraz de médico y le dijo a la princesa:

—Esta vez tengo que vengarme de todo el daño que me hiciste.

Y cogiendo un palo le dió una paliza, obligándola además a que le devolviese la pipa, el gorro y la piel.

Una vez recobrados los objetos mágicos, tomó en brazos a la princesa, se puso el gorro de lana y pasó invisible junto al Sultán y al visir que estaban armados, esperando al médico para matarlo.

III. *Abbás, ¿qué has visto en tu sueño?*

Cuentan que en una ciudad del lejano Oriente había un palacio muy apartado donde vivía una princesa, hija del Sultán, en una habitación de cristal y acompañada de una doncella que le servía en cuanto necesitaba.

Un día en que la princesa estaba perfumándose se le cayó de la mano el frasco de esencia, saltó y rompió el cristal de la habitación.

Se asomó por el hueco que hizo el frasco y vió en el gran parque que rodeaba su palacio, lleno de flores, a un joven gallardo y con las cualidades de un gran jinete.

El joven elevó la mirada hasta la princesa y ésta volvió la ca-

beza airada. Insistió él saludando con todo respeto y reverencia, pero la princesa respondió con un ligero movimiento de cabeza. Después el joven la invitó a bajar al jardín y finalmente ella accedió.

Se reunieron en el parque y se saludaron afectuosamente. Pasearon entre las flores y cuando se cansó la bella princesa, se sentaron juntos al lado de una fuente en forma de rosa de mármol.

Ella se sintió feliz y satisfecha por haber conocido al primer hombre, tan simpático y correcto en la forma de expresarse; pero luego le entró sueño y reclinó la cabeza en la pierna del joven a modo de almohada. Allí dormía tranquilamente la princesa, cuando se presentó en el jardín un mensajero del padre del joven con una carta en la que le decía que regresase a su ciudad lo más rápidamente para contraer matrimonio con su prima.

Contristado el muchacho se decía:

—Después de sacar a la princesa de su retiro la tengo que abandonar en la soledad del jardín, pues no tengo más remedio que obedecer el mandato de mi padre.

Levantó despacio la cabeza de la princesa, quitó la pierna y la colocó sobre unas flores; después cubrió todo el cuerpo de la joven con rosas y claveles. Y en un papel escribió: «Soy un príncipe. Voy a abandonarte en este jardín, quizá para no verte jamás, porque mi padre me manda llamar y no puedo contravenir sus órdenes. Adiós, amada mía». Y se marchó triste y preocupado por la princesa.

Cuando despertó la joven de su profundo sueño, se encontró sola y cubierta de flores. Vió el papel, se enteró de su contenido y se quedó meditando con la cabeza entre las manos.

—Ni con mi madre ni con mi padre me quedé; ni mi estado alivié; ni mi situación quedó oculta. Se despidió mi amado con rosas y claveles, pero no con saludos cariñosos. Oh, hijo del Sultán, ¿por qué no me has despertado? Allah te lo pagará.

Se levantó melancólica y preocupada por su situación, abandonó el parque sin rumbo fijo y salió al campo.

Encontró un rebaño de cabras y, tras reflexionar sobre lo que debía hacer, se acercó al pastor pidiéndole que le cediese sus ropas y una piel de cabra, a cambio de sus vestidos y sus alhajas.

Accedió el pastor, degolló una cabra, la desolló y le entregó la piel.

La princesa se vistió de hombre con las ropas del pastor, se puso la piel a la cabeza y le entregó sus ropas y alhajas.

Después la desgraciada princesa tomó el camino de nuevo, sin tener idea del rumbo que seguía.

Al cabo de unos días de errar a través de bosques y de barrancos, llegó a una ciudad y preguntó a unos mercaderes donde estaba el fondac principal. Siguió las indicaciones que le dieron y llegó al establecimiento donde vio soldados y criados, a uno de los cuales preguntó por curiosidad quién era su amo. El sirviente le contestó que su señor era un príncipe, y por las señales que le dió dedujo que era el mismo joven que la había enamorado.

La princesa tomó el nombre de Abbás y se hizo amigo de aquellos criados, quienes lo presentaron al príncipe, el cual lo admitió a su servicio.

En poco tiempo Abbás, por su inteligencia y simpatía, llegó a ser el criado preferido del príncipe, quien lo llevaba siempre a su lado a fin de distraer su tristeza mientras se encaminaba a la ciudad de su padre.

Una mañana el príncipe preguntó a sus sirvientes qué habían soñado. Cada uno hizo la descripción de lo que había soñado, pero éste acabó dirigiéndose a su preferido:

—Abbás, ¿qué has visto en tu sueño?

—He visto una joven maravillosa que el que la viere de noche no dormirá de día, y quien la viere de día no dormirá de noche. Y ella decía soñando: «Ni con mi madre ni con mi padre me quede; ni mi estado alivié; ni mi situación quedó oculta. Se despidió mi amado con rosas y claveles, pero no con saludos cariñosos. Oh, hijo del Sultán, ¿por qué no me has despertado? Allah te lo pagará».

Al terminar Abbás su relato, se levantó nervioso el príncipe diciendo:

—Repítemelo otra vez, Abbás.

Y así pasaron el resto del camino. Cuando llegaron a la capital la encontraron engalanada a causa del próximo enlace del príncipe con su prima.

El Sultán recibió a su hijo con gran alegría, le dio la bienvenida y lo felicitó por su fiesta matrimonial.

El día de la boda desapareció Abbás. El príncipe lo buscó por todas partes. Cuando estaba en el jardín, preocupado por la suerte de su criado de confianza, levantó los ojos y lo vió colgado de

una rama. Subió al árbol, cortó la cuerda con su espada y lo bajó en sus brazos.

Entonces se dio cuenta de que el fingido Abbás era la princesa y la llevó a palacio donde hizo venir a todos los médicos de su reino para que la curaran, no quedando tranquilo hasta que estuvo fuera de peligro.

La princesa permaneció varios meses en convalecencia hasta que por fin recobró la salud y la belleza de antes.

El príncipe abandonó a su prima y se casó con la princesa, con el permiso de su padre que le perdonó, pues le dió lástima la joven tan hermosa y tan noble que había intentado suicidarse por causa de su hijo.

Los dos enamorados vivieron tranquilos y dichosos, sin más preocupación que la de ser felices.

IV. *Un cuento de Yehá*

Un día Yehá entró al baño y al desnudarse empezó a cantar flamenco (¡!) y ayudado por el eco llegó a creer que tenía buena voz.

Cuando salió del baño invitó a muchos amigos de la ciudad para que fuesen a la mezquita y oyesen su buena voz.

Una vez reunidos los amigos, subió Yehá al alminar desde donde empezó a entonar las alabanzas a Allah. Pero al bajar de la torre todo el público comenzó a insultarle y a decirle que había estado rebuznando como un asno.

Y les respondió Yehá:

—Si quereis oír mi magnífica voz, que me coloquen un baño en lo alto del alminar.

V. *Otro cuento de Yehá*

Otra vez Yehá invitó a sus conciudadanos para que fuesen a la mezquita con el fin de escuchar lo que iba a decir.

Efectivamente subió Yehá al mimbar y dijo:

—Oh señores, alabado sea Allah por haber creado al camello sin alas, pues, si las tuviera, volaría sobre nuestras casas y al posarse en ellas las derribaría sobre nosotros.

El análisis y estudio de los cinco cuentos transcritos sobrepasa el propósito del presente trabajo, que sólo pretende proporcionar esos materiales.

Interesa especialmente subrayar el carácter popular de todos esos cuentos que fueron recogidos respectivamente: los dos primeros de labios de un marroquí analfabeto, el tercero fué oído en un cafetín tetuaní, y los dos últimos pertenecen al caudal popular e inagotable de las facecias atribuidas a Yehá, personaje de tradición viva en todo el Islam.

Los dos primeros ofrecen características inconfundiblemente populares frente a los resabios de recuerdos librescos que presenta el tercero, de léxico ligeramente más rebuscado.

Sirvan estos cinco cuentos para engrosar los materiales de estudio de quienes en su día se decidan a estudiar sistemáticamente el rico venero de los cuentos marroquíes.

Guillermo Guastavino Gallent.